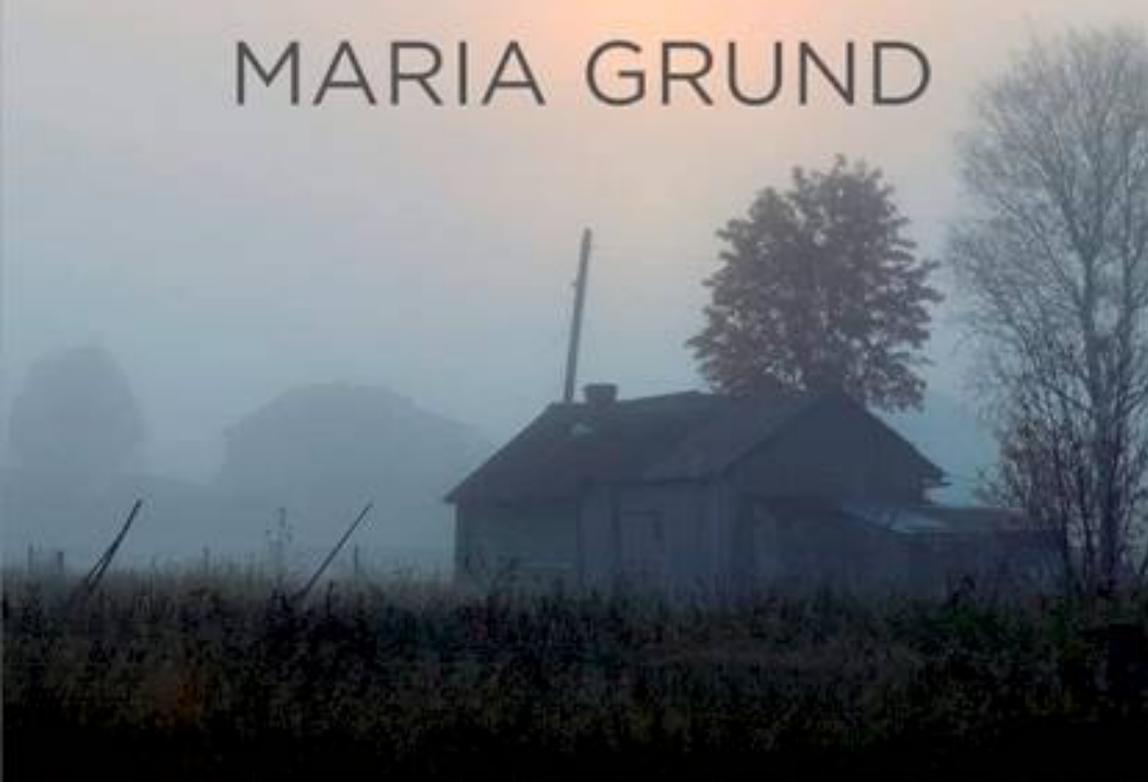


LA INFANCIA ERA UNA MALDICIÓN EN ESA DESOLADA ISLA DEL BÁLTICO



# PECADOS MORTALES

MARIA GRUND



El cadáver de una niña de catorce años aparece en la costa de una isla de Suecia. Tiene las muñecas cortadas y una cuerda enredada en el pelo. No hay evidencias de lo ocurrido en los alrededores.

Al día siguiente, una famosa coleccionista de libros antiguos, es encontrada muerta en su mansión al otro lado de la isla. Fue brutalmente asesinada a cuchilladas, y tiene en la garganta una herida profunda en forma de cruz.

La muerte de la niña se presume que ha sido un suicidio, pero la investigadora policial Sanna Berling, junto con su nueva colega Eir Pedersen, no está segura. Al comenzar a investigar el asesinato de la coleccionista, Sanna descubre una inquietante conexión con el caso de la niña muerta.

A medida que avanza su investigación, se suceden una serie de asesinatos idénticos. Se desata una batalla contra el reloj. Un parque infantil abandonado, un sacerdote que oculta la verdad, un pirómano suelto, no hay tiempo para Sanna y Eir: el asesino está ganando terreno.

Siete niños tienen la clave de la terrible verdad. Algo espantoso sucedió pocos años atrás, y todo se vuelve mucho más personal para Sanna de lo que ella jamás hubiera imaginado.

# Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Agradecimientos

Sobre la autora

*La bruma lo abraza. El suave musgo impulsa al niño hacia arriba, hacia delante. Lo ayuda a enfrentarse a las espinas que desgarran su piel y las ramas que llegan hasta sus ojos y su cabello. Las piernas desnudas y los pies descalzos están insoportablemente fríos. Sin la protección del algodón de su ropa interior, hace rato que los latigazos de los brotes ya lo habrían hecho caer.*

*Se apresura entre los troncos ahuecados, a través de la maraña de pinos y árboles mohosos. Acelera, cae. Los latidos de su corazón son cada vez más fuertes, hasta que casi acallan el dolor y las voces que acechan en las sombras.*

*Si no se hubiese abierto el hoyo que atrapó su pie y lo arrojó al suelo, habría podido escapar. Pero cuando su rostro cae sobre la roca llena de musgo, su cuerpo se desploma como una cruz y sus ojos se ponen en blanco, oye que se acercan:*

*«Muerte al lobo, muerte al lobo, muerte al lobo...».*

## CAPÍTULO 1

Sanna Berling observa la habitación vacía, incendiada. El brillo del sol, pardusco y sucio, atraviesa las ventanas polvorientas, cubiertas de costras salitrosas. El aire impregnado de humo, mezclado con moho, le sube por la garganta. El lugar le parece más oscuro cada vez que regresa. Tal vez se deba al árbol que crece fuera libremente, tal vez sea una alucinación debido al insoportable cansancio.

Pasa los dedos con cuidado por la superficie manchada de una de las paredes. Allí donde la mancha se hace más tenue se entrevé un papel tapiz con un diseño infantil. Cierra los ojos, apoya la mano y sigue la pared mientras camina hacia la puerta. Cuando llega hasta el marco, se detiene, como siempre, junto al grabado de la madera. Deja que las puntas de sus dedos recorran el contorno de las letras infantiles: ¡VETE!

Cuando sale por la puerta doble de la casa, se eleva una bandada de pajarillos desde el enorme y moribundo árbol protector. El aire se llena con el batir de sus alas cuando desaparecen, como si persiguieran la tormenta.

Se queda ahí parada, al borde de un paisaje interminable. Toda esta parte de la isla –desde los campos y praderas circundantes que se despliegan más allá de la carretera y de la iglesia hasta los yermos acantilados– es un desierto. Suena el móvil. Atiende, escucha la voz del otro lado.

–Estoy aquí ahora –dice–. No, gracias. No la vendo. Aún no.

Una protesta en voz alta, pero su rostro ni se inmuta mientras camina hacia su Saab negro. Cuando se aleja, ve la casa por el espejo retrovisor como si esta la observara, atenta, con sus ventanas quemadas.

En la radio crepitan las palabras de un representante del gobierno regional:

«Los estrictos endurecimientos de los últimos años y las rígidas medidas han presentado grandes desafíos sociales a la región y han minado nuestra seguridad de diferentes formas. Sin embargo, aún no nos han conducido a un desequilibrio presupuestario... Juntos debemos ahorrar más, sin cerrar por ello viviendas, instituciones y otras actividades importantes, como apoyo al creciente grupo de marginados y personas vulnerables de la sociedad...».

Apaga la radio, enciende el viejo reproductor de CD y acelera. Por los altavoces suenan Robert Johnson y los Punch-drunks, Rabbia Fuori Controllo, mientras pasan las fincas y las granjas. Praderas, campos y oscuras parcelas de bosque. Luego aparece el pequeño centro de la isla antes de llegar finalmente a la zona industrial. Frente a ella se extienden el pavimento roto y los contenedores colocados a lo largo de altas cercas reforzadas con alambre de púas.

Un hombre joven que lleva un vestido de mangas abombadas, enorme escote y gruesas hombreras avanza tambaleándose hacia el semáforo. Le falta una ceja, la otra está pintada con rotulador muy arriba en la frente. En los pies calza unas pantuflas mugrientas, y cada vez que se apoya en el pie derecho se sobresalta como un perro herido. Cuando ella pasa, él parece relajarse unos segundos. Mira con timidez, pero reconoce su presencia. Ella disminuye la velocidad, se gira hacia el asiento trasero, baja la ventanilla y le arroja un jersey. Él se cubre rápidamente con él y murmura algo, quizás un «gracias».

Gira por un pequeño camino de tierra, pasa un terreno abandonado en el que hay autocaravanas y tiendas de

campaña. Un perro ladra en algún lugar de la oscuridad cuando ella vira a la derecha junto al imperceptible letrero: «Almacén y garaje».

La puerta cruje y chilla cuando roza el suelo de cemento. Ella enciende una lámpara en un rincón que arroja una luz suave sobre el camastro, la manta y la almohada. El techo es más bajo que el del resto del garaje, donde está el Saab aparcado en ángulo y con las llaves puestas.

Arroja un par de facturas y varios folletos publicitarios sobre una silla, se quita el abrigo negro y lo deja caer al suelo antes de quitarse los pantalones. Luego busca un par de tapones para los oídos y se los pone.

Coloca las llaves del garaje y la placa policíaca en la mesa de *camping* que sirve también como mesilla de noche. Resuenan contra el objeto que estaba allí desde antes, un pequeño espejo de mano que dice «Erik». Luego recoge una caja llena de pequeñas píldoras. Se pone tres en la mano y se las echa en la boca.

Su mirada se vuelve lejana, vaga, casi muerta cuando se acuesta en el camastro. «Ya voy», susurra, y da la espalda a la oscuridad.

El timbre de la puerta de la pequeña farmacia suena fuerte y claro cuando Eir Pedersen pone un pie en el umbral. Se mueve con rapidez, camina un poco inclinada, con los hombros desgarrados, tiene una energía intensa en sus ojos vivaces. Cuando se abre la chaqueta ajustada y mete la mano en el bolsillo interior, ve que la farmacéutica la observa desde detrás del mostrador. Discreta, pero preocupada. Eir reconoce esa expresión, está acostumbrada. En ese momento está segura incluso de que la mujer de delantal blanco tiene una mano en el botón de la alarma. Podría decir algo que relaje la situación, pero no desea más que adelantarse y colocar dos identificaciones sobre el

mostrador. Golpetea ligeramente con el dedo índice sobre una de ellas.

–Encontraré una prescripción de píldoras o de jarabe. Me llevaré el jarabe.

La farmacéutica examina la identificación, tipea algo en la computadora y mira de reojo a Eir.

–¿No los encuentra? –pregunta Eir–. ¿Hay algún problema? Porque si lo hay puede llamar a...

–No, no hay ningún problema –responde rápido la mujer, y desaparece entre las cajas del fondo.

Eir se queda sola en el pequeño local. Todo está muy cuidado y ordenado. El bello suelo de piedra está limpio y encerado, desprende un brillo extrañamente cálido para una farmacia. Aquella a la que ella está acostumbrada, en el continente, parece un enorme contenedor clínico, con fríos tubos incandescentes en el techo y estanterías abarrotadas de medicamentos. Esta, en cambio, reluce y se parece a una tienda de golosinas antigua.

–Bien. –La farmacéutica interrumpe sus pensamientos –. ¿Desea algo más? –Coloca en una bolsa un frasco de metadona y se lo entrega a Eir.

Ella lee el precio en la pantalla y paga.

–¿Hay algún camino más corto hacia el Korsparken que el que toma el tranvía?

–¿Quiere decir Korsgården? –la corrige la farmacéutica.

–Sí, así es.

–Cuando salga a la plaza, siga todo recto. Frente a la muralla, continúe por la calle principal y rodee el campo de deportes que hay junto a la pista de patinaje abandonada.

–De acuerdo, gracias.

Eir camina hacia la puerta.

–Pero de todas maneras yo tomaría el tranvía –le dice la farmacéutica–, a esta hora del día.

La pequeña ciudad amurallada descansa silenciosa en la oscuridad del otoño. Los callejones zigzaguean como serpientes por la plaza en pendiente. Los adoquines están húmedos y algunas hojas empecinadas aún brillan en la oscuridad sobre los rosales resecos como la leña.

La lluvia empieza a caer. Eir siempre ha adorado las tormentas, las encuentra refrescantes y apaciguadoras. Le proporcionan un bienestar que viene desde lo profundo de la médula. Pero esta vez no son más que un par de gotas, hasta que vuelve a calmarse.

A pocos pasos de la hermosa muralla iluminada, el entorno cambia.

Las tiendas clausuradas se hacen más numerosas, y a medida que va dejando atrás coches abandonados y señales de tráfico pintarrajeadas con aerosol, las calles se vuelven cada vez más solitarias. Pasa por una carretera en construcción sin terminar, luego junto a un campo de deportes, hasta que llega a un barrio con casas más viejas y un denso conglomerado de apartamentos de baja altura. Hay muebles de jardín olvidados aquí y allá en los patios, y contenedores de basura repletos. Más adelante, dos chicas jóvenes están decorando el portón de un garaje con pintura en aerosol.

Una de ellas la mira cuando ella se acerca, la deja pasar con mirada indiferente y continúa rociando. En el portón del garaje se lee «Muere» con letras gruesas de color rosado.

—¿Viven aquí? —pregunta Eir tranquila.

—¿Qué? —dice la chica. Tiene el pelo rizado y de color negro azabache, grandes pendientes en las orejas y una calavera tatuada en el cuello.

Eir se guarda la metadona en el bolsillo interior y se cierra la chaqueta.

—¿El garaje es de ustedes? —pregunta.

Las chicas se miran, evalúan la situación.

–Sí, es nuestro –dice una.

Eir toma su móvil, pero cuando presiona una tecla, se agota la batería. Suspira resignada.

–Entonces, si toco el timbre de la casa de ahí atrás, ¿me abrirá tu madre?

La otra chica, delgada y de aspecto atlético, con la cabeza rasurada y un enorme dragón estampado en la manga de la camisa, comienza a dar vueltas a su alrededor. Eir ve con el rabillo del ojo que tiene una navaja, pero que la oculta debajo de la muñeca.

–Vete a la mierda si no quieres recibir tu merecido, maldita... –sisea la muchacha al mismo tiempo que da un paso hacia ella.

Eir interrumpe la frase dándole un codazo en el rostro. La chica se tambalea, arroja la navaja y se lleva una mano a la nariz. Entonces la de la calavera se lanza sobre Eir y la empuja hacia atrás. Eir la recibe con un golpe en la boca, logra aferrarla del brazo y empujarla, de manera que la chica se golpea la cabeza contra el borde de la acera.

–¡Me has roto la maldita nariz! –vocifera la chica del dragón desde el otro lado de la calle.

Eir da la vuelta; la muchacha está inclinada hacia delante y se aprieta la nariz con la camisa.

–Estás loca... –se queja.

Eir la toma de un brazo y la arroja a la acera mientras que la de la calavera se lanza hacia ella por detrás. Esta vez se defiende ferozmente con su tubo de pintura en aerosol. Eir la esquivo y logra sujetarla por un mechón de pelo. Entretanto, la chica del dragón ha logrado recuperar su navaja, pero Eir le aferra la muñeca, la navaja cae al suelo y ella le da un puntapié y la hace desaparecer bajo un coche.

Arrastra a la chica del dragón por el pavimento hasta el portón del garaje, pero se da cuenta de que alguien la está observando. Detrás de una cortina de la casa, junto al

garaje, hay una joven de la misma edad que la que acaba de golpear. Se enciende la luz y aparece una mujer mayor vestida con una bata.

La mujer aparta a la chica y marca un número en su móvil; el movimiento de sus labios revela que está pidiendo comunicarse con la policía mientras observa la calle con una mirada nerviosa y esquiva.

Eir se yergue, respira hondo e intenta recuperar la calma. Se seca la sangre del labio cortado, mete las manos en los bolsillos y sigue su camino.

## CAPÍTULO 2

A la mañana siguiente, la escarcha forma una capa delgada sobre el suelo mientras Sanna conduce hacia la vieja cantera de piedra caliza que hay en la costa este de la isla.

El agua turquesa del enorme cráter está quieta. En una orilla hay una ambulancia, una camioneta del servicio de rescate y una patrulla policial con las puertas abiertas. Los socorristas están doblando su ropa de trabajo para poder guardarla en el espacio de carga de la camioneta. Sobre una camilla yace una niña metida en una bolsa para cadáveres. Alguien está guardando con cuidado su largo cabello rojo dentro.

Sanna detiene su coche y sale. El suelo suena hueco bajo sus botas, pues entre raíces y piedras abundan las madrigueras de conejos. Aquí y allá, los desperdicios parecen bañistas que se han quedado más tiempo en la playa. Cubiertos de plástico, vasos de papel y una botella de vino rota. A unos pocos kilómetros se oye cómo rompe el mar contra las rocas de la playa, tal como ocurre en toda la isla.

La cantera es un balneario popular. Al contrario que en las atestadas bahías de poca profundidad, aquí es sencillo zambullirse y refrescarse. Pero a esta altura del año el lugar está solitario y desierto. Los únicos signos de que ha habido gente, además de los desperdicios en el suelo, son una escalerilla oxidada y dos pequeños vestidores situados detrás de una arboleda.

Sanna mira resignada el cuerpo que yace sobre la camilla. De lejos se ve pequeño y delgado, los pies sobresalen en punta, como un ave muerta.

El detective Bernard Hellkvist sale de su coche y le echa una mirada. Sanna recuerda cuán irritado sonó por teléfono. Siempre ha tenido un humor terrible por la mañana, y hoy no es ninguna excepción. Alto, ancho de hombros y corpulento, se balancea adelante y atrás mientras se rodea con los brazos para mantenerse caliente. Con el cigarrillo en la comisura de los labios, sorbe el último resto de nicotina antes de dejar caer la colilla al suelo. Parece estar constantemente con resaca, siempre ha sido así. Aguza la mirada, se dirige a ella y la saluda con un corto «buenos días».

–Qué buen domingo tenemos –dice–. Preferiría estar viendo un partido de fútbol.

–¿Dónde están los otros? –pregunta Sanna.

–Jon estuvo aquí, pero se fue. No tenía mucho más que hacer. No tendría que haberte llamado, no tenías que venir. Pero antes de sacarla del agua no estaba seguro de que fuera un suicidio.

–Pero yo no estaba ocupada.

Sonríe hacia ella y luego mira el reloj de su móvil.

–¿Sabemos quién es? –pregunta Sanna.

–Se llamaba Mia Askar. Catorce años, a punto de cumplir quince. Oficialmente no la hemos identificado, pero su madre vino a la comisaría hace un par de días. Denunció que había desaparecido. Tenía una foto consigo y la describió casi en detalle. Sé que es ella. Malditas niñas egoístas de hoy.

Sanna lo mira con ojos punzantes.

–De acuerdo, de acuerdo –dice él–. Perdón. Pero ¿puedo enfadarme un poco? Hubiera preferido ir a ver a mi nieto más pequeño jugar su primer partido fuera de casa.

–Pronto podrás ver fútbol todos los días. Solo te quedan dos semanas y ya te jubilas.

–Lo sé. No veo la hora.

Sanna suspira.

–¿Los técnicos? –pregunta ella.

–Con toda seguridad, es un suicidio.

–Pero ¿están en camino?

–Están en el norte. Un robo en alguno de los antiguos locales de las Fuerzas Armadas. Y aunque no estuvieran ocupados, sabes tan bien como yo que no vendrían por esta mierda.

Sanna contiene su irritación. Bernard acostumbra llamar «mierda» a los suicidios. Quizá porque se han vuelto cada vez más frecuentes en la isla o porque lo único que hace la policía ahora es limpiar y ocultarlos pronto.

–Si realmente quieres que peleemos con ellos para que vengan... –dice él, desafiante.

–¿Guantes? –Sanna sostiene su mano en alto, sin mirarlo. Él se extiende hacia dentro del coche buscando una caja y se los arroja.

–¿Cómo diablos te las arreglarás sin mí? –bromea él.

Sanna no responde. Bernard se acomoda el gastado cinturón de sus pantalones de pana y la sigue hasta la camilla.

–La encontró alguien que salió a pasear a su perro –dice–. Flotaba en medio del agua, donde es más profundo. El pobre anciano se asustó mucho. Creyó que era la dama del lago.

–¿Vive aquí, en las cercanías?

–No. Nadie vive en las cercanías. Dijo que a veces viene en coche hasta aquí y pasea con su perro.

La niña de la camilla solo está vestida con un par de jeans gastados. El cabello rojo ondulado le cubre las mejillas, los hombros, el pecho, y casi se asemeja a otra capa de piel. Tiene un aire pacífico. De no ser por los labios